

tico; pero sus obras no tuvieron fuerza bastante para imponerse como modelos. Es a Rubén a quien le corresponde, por derecho propio, la gloria de haber sido el renovador, al menos en la forma, de la poesía castellana moderna.

«¿No es verdaderamente singular—se pregunta Darío en el Prefacio de «Cantos de Vida y Esperanza» (1905)—que en esta tierra de Quevedos y Góngoras los únicos innovadores del instrumento lírico, los únicos libertadores del ritmo, hayan sido los poetas del Madrid Cómico y los libretistas del género chico?»

Rubén, en este libro, se lanza a la poesía rítmica, es decir, a la poesía no basada en la regularidad del verso, de la rima, ni del acento, sino del ritmo mismo:

Se escucha el rúido que forman las armas de los ca-  
balleros  
los frenos que masean los fuertes caballos de guerra,  
los cascos que hieren la tierra  
y los timbaleros  
que el paso acompañan con ritmos marciales  
¡Tal pasan los fieros guerreros  
debajó los arcos triunfales!

(Marcha triunfal.)

«Cantos de Vida y Esperanza» se caracteriza por una reacción hacia lo hispánico. Su autor ha reunido en él una serie de poesías sobre temas españoles: «Letanía de nuestro señor Don Quijote», «Un soneto a Cervantes», «A Goya», «Trébol», «A España», «Cyrano en España», «Salutación del optimista», «Al rey Oscar», «Retratos», etc.

Pero Rubén Darío hace más. El que había exaltado en «Trébol» la figura de don Luis de Góngora parangoneándola con la de Velázquez, debía sentir el olvido en que se tenía en su patria a un poeta tan ensalzado por los simbolistas franceses. España debe a Rubén no sólo la implantación del modernismo y con él la revolución llevada a cabo en la métrica, sino la reivindica-

ción de este nuevo «araro» que colocó, ante las miradas atónitas de los españoles, en el puesto que le correspondía entre los grandes poetas castellanos.

Cuando todavía reciente el desastre colonial cundía en España el desaliento, Rubén Darío nos enseña a tener fe en nuestros destinos y esperanza en la América latina:

Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire,  
mientras la onda cordial alimente un ensueño,  
mientras haya una viva pasión, un noble empeño  
un buscado imposible, una imposible hazaña,  
una América oculta que hallar, vivirá España.

(Al rey Oscar.)

Rubén acrecentó su orgullo racial durante sus prolongadas estancias en España. ¡Con cuánta sinceridad exalta lo hispánico, recalca el dominio espiritual de España en América y se declara español! En un magnífico soneto confiesa:

Yo siempre fuí por el alma y la cabeza,  
español de conciencia, obra y deseo,  
y yo nada concibo y nada veo  
sino español por mi naturaleza.  
Con la España que acaba y la que empieza  
canto y auguro, profetizo y creo,  
pues Hércules allí fué como Orfeo.  
Ser español es timbre de nobleza.

Y español soy por la lengua divina,  
por voluntad de mi sentir vibrante,  
alma de rosa en corazón de cucina;  
quiero ser quien anuncia y adivina  
que viene de la pampa y la montaña;  
eco de raza, aliento que culmina  
con dos pueblos que dicen: «¡Viva España!»  
y «Viva la República Argentina!»

En octubre de 1914, el poeta, enfermo y cansado, salía para siempre de España, donde tanto se le quería y tan buenos amigos dejaba. Dos años más tarde, el 6 de febrero de 1916, a las diez de la noche, moría en León, en su pueblo natal.